

DON ANTONIO RICARDOS EN LA PINTURA DE JOSÉ CUSACHS Y CUSACHS

Antonio BASO ANDREU

Creemos que para el seguidor de la obra de un artista y, por lo tanto, en suma, de todo lo esencial del trabajo realizado por él, éste no se descubre únicamente por la visión conjunta de toda su evolución, con sus vinculaciones propias e influencias externas, sino que dicha panorámica también reside en momentos singulares, aislados de su propia trayectoria. Y así, cuando no por azar quedan olvidadas obras enteras suyas, de gran composición y atrayente motivo, otras, en cambio, estarán para siempre asidas a la memoria del observador, fijándose en él sus imágenes, con las que enjuiciará en adelante su obra, aunque sea con un criterio más o menos consecuente, ya que sobre apreciaciones y gustos no hay nada escrito, como vulgarmente se acostumbra a decir.

Y dicho esto, como algo singular, queremos fijar nuestra atención en un maravilloso retrato sobre la figura militar de don Antonio Ricardos, el famoso héroe del Rosellón, obra del pintor catalán José Cusachs y Cusachs, realizada en 1892 y que pertenece a la colección de la recientemente denominada Capitanía General de la Región Militar Pirenaica Oriental, con sede en Barcelona. Algo difícil de borrar.

Previamente diremos que, de un feliz tiempo a esta parte, el Ministerio de Defensa, con la colaboración y ayuda del Ayuntamiento de Madrid, viene exponiendo cada año en el Centro Cultural Conde Duque determinadas páginas de la Historia Militar Española. Recientemente, en su tercera edición hemos tenido la suerte, grande y extraordinaria, a la vez, de haber podido contemplar en el reconstruido acuartelamiento que durante mucho tiempo alojó los escuadrones de la caballería de Montesa la mayor parte de la obra del pintor de temas militares (y militar él) José Cusachs, en la que ha figurado en lugar preferente el citado retrato del general Ricardos, de grandes dimensiones, en el que de forma sencilla y sobria aparece representada la imagen severa del ilustre militar hijo de Barbastro.

Posiblemente para alguno de nuestros lectores sea desconocido el pintor Cusachs. Inicialmente diremos de él que, aunque más joven, fue contemporáneo de Marcelino de Unceta y López, pintor aragonés nacido en Zaragoza en 1835, también dedicado especialmente a la representación de escenas de la vida militar y a la confección de carteles que después eran tirados por el taller litográfico de Portabella en la misma capital aragonesa; sin olvidar que también fue el que pintó la cúpula mayor de la basílica del Pilar. Por ello, ambos, muy semejantes en su modo de hacer, aunque caminando por senderos diferentes, serían seguidores de los pintores franceses e historicistas dedicados a la temática militar, como Meissonier y Coubert. Su desaparición se produjo casi al mismo tiempo: Unceta moría en 1905; Cusachs posteriormente, en 1908, a los 57 años de edad, en Barcelona.

Hemos indicado que José Cusachs y Cusachs era catalán, pues si bien nació en Montpellier, el 19 de julio de 1851, sus padres eran oriundos de Cataluña. Allí pasó parte de sus primeros años hasta el regreso de su familia a España, demostrando desde niño una gran afición al dibujo y la pintura, que a lo largo ya de toda su vida llevaría consigo, como principal preocupación suya. Si bien esta inclinación no fue obstáculo para que Cusachs decidiera ingresar en la Real Academia Militar de Artillería de Segovia, de la que después de cursar sus estudios salió con el grado de alférez el 28 de julio de 1869, momento en que juró la Constitución.

Al cabo de dos años, el 28 de julio de 1871, ascendió a teniente, siendo destinado al Primer Regimiento de Artillería a pie de guarnición en la plaza de Barcelona. Con esta graduación pasaría sucesivamente por distintas unidades, para participar en el bando liberal a lo largo de la tercera guerra car-

lista, en las campañas del Norte, principalmente en los frentes de Aragón, Navarra y Vascongadas, durante las que simultaneó la vida militar como oficial de carrera, con su dedicación a la toma de apuntes y bocetos de aquellas acciones bélicas, como si fuera un reportero gráfico de guerra. Posteriormente, estas escenas quedarían definitivamente plasmadas en esos lienzos que ahora hemos podido admirar sobre las batallas de Estella y Montejurra o de la toma del fuerte del Collado de Alpuente, donde el carlismo, palmo a palmo, defendía tenazmente su propio terreno.

Pero la pasión por la pintura podía más que su ya brillante carrera militar, llena de aureolas y distinciones ganadas en los campos de batalla. Hasta que, al fin, a los 32 años de edad, cuando se encontraba de guarnición en Valencia, decidió colgar el ros, la guerrera y el sable, para abandonar definitivamente el servicio de las armas y dedicarse de lleno al cultivo de aquel arte, la pintura, que tan intensamente impregnaba su corazón, lo que para él era su vida entera, y que hizo que, al cabo de los años, llegara ser el más nombrado especialista en temas militares de la pintura española de su época, de la que varias instituciones y coleccionistas pronto adquirirían obras suyas, comenzando por la reina regente doña María Cristina.

Y así, durante su fecunda vida artística no perdería nunca su fidelidad a esta especial temática, en ocasiones marginada por parte de la crítica e historiografía del arte, a veces propugnada por determinados sectarismos o grupos políticos afines que Cusachs por su propio valer superó, en tanto que iría dejando a un lado los estereotipos y academicismos de entonces, por saber tratar con naturalidad y delicadeza, no sólo los temas relacionados con la milicia, sino también los asuntos religiosos y aquellos otros muy de la vida social de su tiempo: las escenas camperas y los concursos hípicas, en los que el principal protagonista sería el caballo, tal como el toro lo era en aquellos carteles taurinos diseñados por su contemporáneo aragonés Unceta y sus sucesores Roberto Domingo, Ruano Llopis y Antonio Casero, entre otros. De este modo, Cusachs llegó a ser también un notable cartelista de festejos a caballo, tan en boga entre la llamada gente bien y la familia militar de la que provenía. Esta actitud creemos que también sería muy parecida a la trayectoria del *dandy* anarquista Henri de Toulouse Lautrec, pintor de jinetes y autor de carteles en los que el noble bruto era igualmente la figura central, ya fuera en hipódromos o trotando en la pista circular del circo ecuestre.

Por otra parte, la reina regente doña María Cristina, con su hijo el rey niño, ya joven, don Alfonso XIII, con el uniforme de coracero de su escolta, a caballo; el general Prim; el mejicano Porfirio Díaz; Fernando VI, adolescente, con traje de Corte, o el retrato del general don Antonio Ricardos, del que nos ocupamos en estas páginas, constituyen con muchos otros la larga iconografía legada por aquél, actualmente depositada en dependencias de la administración militar, salas de coronela regimentales y colecciones particulares. No podemos olvidar el magnífico retrato de la esposa del pintor, mujer de bellas facciones y elegante figura, muy del gusto de los Madrazo, Fortuny o Zuloaga, entre los retratistas de finales del siglo pasado y primicias del presente.

José Cusachs, a la proclamación de Alfonso XII en Sagunto (1874), aún permanecía en activo al servicio como oficial de Artillería y sería testigo de la confirmación del joven monarca ante las tropas de la brigada Davan. Don Arsenio Martínez Campos al mando de sus soldados, ya estuvieran en orden de revista, parada o de operaciones, sería un asunto muy repetido a lo largo de su pintura historiográfica, que ahora hemos apreciado, como decimos, expuesta con todos los honores en las salas del antiguo cuartel del Conde Duque de Madrid de Argüelles, con portada barroqueña de su autor, Pedro de Ribera, lindante con los jardines del palacio de Liria. Por su arriendo el ramo de guerra vino abonando a la casa de Alba la cantidad simbólica de una peseta anual, como precio del uso que del inmueble hacía aquella tropa.

Con motivo de esta exposición, un ilustre crítico, Antonio Manuel CAMPOY, ha venido a comentar que el asunto castrense es raro en la pintura española y que los que podrían ser sus ejemplos más egregios (Velázquez, Zurbarán y otros en el Museo del Prado) son más bien recreados y simbólicos. En Goya —dice—, más que una crónica, los sables, con todo ese mundo a que aluden, son una metáfora del dolor y la muerte. No existe aquí, como sí la hay en Francia, una pintura "militarista" (sin ir más lejos, Jacques Callot, los pintores del ciclo napoleónico). A lo que se agrega que el tema militar aparece en nuestra pintura como un elemento más del tardío romanticismo y suele ser historicista, evocador, con alguna excepción como la de Mariano Fortuny, que presenció y pintó «La Batalla de Tetuán».

Para CAMPOY, el asunto militar ha sido tratado por nuestros pintores como otro de los recursos del "género", y la única crónica real es la de José

Cusachs y Cusachs, militar de profesión que vivió los últimos coletazos del tiempo isabelino, guerra carlista, revolución y restauración. En sus estampas, tan llenas de realidad y bello colorido, de «La vida militar» llevó a cabo una documentada y completa historia gráfica de toda una época, desde dentro del propio estamento, como un testimonio de cuanto sucedía en torno a su persona, con sus aconteceres e incidencias, sin recurrir a acciones y peleas de lanzas y sables, ni las clásicas entre cristianos y moros, ni tampoco las de arcabuces y flechas entre conquistadores e indios, o esos cuadros históricos de grandes dimensiones, de gran academicismo, realizados por expreso encargo durante el disfrute de pensiones y ayudas al estudio, en la formación artística de los jóvenes pintores españoles.

Y así llegamos a ver cómo Cusachs, aunque discípulo de Detaille, se limitará casi siempre al "reportaje" de primera mano, puesto que permaneció como protagonista en distintas acciones y combates, haciéndolo con un realismo verídico, lleno de emotivas escenas castrenses en las que el mando, la disciplina y la moral militar se representan con mano maestra y, sobre todo, con natural inspiración. Se trata, en general, de grupos numerosos, desde el general en jefe hasta el último corneta, entre los que muestra a los hombres de la faja azul del Estado Mayor frente a los planos, los mandos de pequeñas unidades con su tropa, sin olvidar al rapazuelo con chuleta roja a la bocamanga de su guerrera de trompeta.

Todo esto, a nuestro juicio, es una visión fehaciente de lo que fue la vida de nuestros abuelos durante su permanencia en filas, con esos rasgos y maneras de ser que nosotros heredamos de ellos, vestidos con sus uniformes azules y ros, ya fuera en formaciones de parada o en despliegues de la clásica Caballería, o de la Artillería de montaña a lomo o ligera de tracción hipomóvil, tan románticas ya en el recuerdo. Como subraya Antonio Manuel CAMPOY, este pintor ha venido a presentar con su exposición antológica un gran servicio a la cultura artística española. Por nuestra parte, creemos que también ha sido una muestra histórica muy difícil de superar por otras fuentes, dado el realismo de su testimonio.

Para el retrato del general Ricardos a que nos referimos en estos comentarios, creemos que seguramente sirvieron de inspiración y modelo los dos realizados por Francisco de Goya entre los años 1793 a 1795 sobre el propio don Antonio. En el primero, el general permanece sentado sobre un sillón, vestido con el uniforme militar, banda azul y blanca y su cruz de la

Orden de Carlos III, además de la insignia de la Orden de Santiago, todo al pecho. Éste lo pintaría el sordo aragonés después de que el general regresara de la campaña del Rosellón (noviembre de 1793), ya que en este cuadro el mismo aparece con la tez bronceada por el sol recibido en los campos del Mediodía de Francia, dado que más arriba tiene la frente algo más pálida al haber sido protegida por la prenda de cabeza que llevara. En el otro cuadro, de mayores dimensiones, aparece de cuerpo entero, algo más simbólico, con los mismos atributos y entorchados que el anterior, apoyado en la cureña de una pieza de artillería en pleno campo de batalla. En ambas obras, el militar altoaragonés presenta marcadas expresiones de energía y el dinamismo temperamental que mostró durante su larga vida de lucha. La primera procede de la colección de don Luis de Borbón, en su palacio de Boadilla del Monte, próximo a Madrid, en la actualidad en una sala de los Goya del Museo del Prado; la segunda pertenece al marqués de Valencia del Alcor, en Sevilla. También en la colección de retratos del Museo del Ejército existe otro de Ricardos de semejantes características que los anteriores.

Sobre la figura y concretamente el retrato en la pintura de Cusachs y Cusachs, se ha comentado que el dibujo es la clave del tratamiento del volumen humano. La observación de los modelos que la vida castrense le proporcionaba hacía que lograra una completa categoría de apariencias físicas, con subsiguientes diferenciaciones de caracteres, ya fuera al óleo, ya en los dibujos a tinta, en los que la rotundidad de lo corpóreo se aproximaba a la escultura, dado el valor de lo exento en el bulto, con sus perfiles y siluetas. El impresionismo y el naturalismo están conjuntados en muchas de estas obras. Del primero hemos observado que es la manera de utilizar la pasta enteriza y ligeramente táctil en los pliegues de las telas; los resaltes de los adornos; las masas de las propias figuras, muchas de ellas en plena acción, en las que con mucha soltura también concebía las expresiones y rasgos que les eran propios, con toques dispersos pero bien compaginados para los efectos lumínicos, destacándose así las actitudes de los seres tratados con la interpretación de dónde vienen, dónde se encuentran, qué son en definitiva.

Así pues, nos hallamos ante un retratista elegante por su intención psicológica, bellamente humana como buen conocedor de lo humano, dada la conducta intelectual de Cusachs, de quien creemos que tuvo el acierto de

inspirarse en la obra de Goya, además de que, por haber sido coetáneo de Ricardos, el pintor aragonés pudo conocer muy bien el talante y las aptitudes de su paisano como profesional dedicado al arte de la guerra.

El cuadro objeto de estos comentarios es un óleo sobre lienzo, de 2 por 1,10 m, en el que el general aparece de pie, de cuerpo entero, con un semblante más joven que el de los retratos pintados por Goya, vestido también con levita azul marino con vueltas rojas y doradas, el cuello alto a la polaca, el chaleco rojo con galones dorados, pantalones de paño blanco ajustados, calzando botas altas de montar hasta las rodillas, negras, sujetas en el empeine por espuelas doradas. Sobre el pecho, la banda y cruz de la Orden de Carlos III, además de la venera de la Orden Militar de Santiago. La posición resulta muy airosa para la figura, con el bicornio festoneado bajo el brazo derecho y la mano izquierda apoyada en el talle por la espalda. La faja, sable y bastón de mando son los atributos que completan la imagen, suelta y sobria, sobre un fondo oscuro en el que no se vislumbra ningún paisaje ni tampoco ningún lugar concreto, por lo que la figura representada obtiene una mayor acentuación en todos los aspectos tratados.

También hemos comentado que este cuadro está depositado en la Capitanía General de la Región Pirenaica Oriental (Barcelona), en la que han quedado integradas las provincias y tropas de la antigua Capitanía General de Aragón, de tan glorioso abolengo histórico, a partir de la entrada en vigor del Real Decreto 1451/1984, de 1.º de agosto, que reestructura la organización militar del Ejército de Tierra en el territorio nacional. Cuestión que se saldría de los límites del tema que tratamos, además de que no tenemos capacidad ni base alguna para poder opinar sobre ello. Aunque si estuviéramos ante otro trasvase de distinta naturaleza, quizá nos atreviéramos a echar nuestro cuarto de espadas, de pasada. Ricardos llegó a ser capitán general de Cataluña.

Pero, dejando a un lado estas incidencias, creemos que aunque sea brevemente debemos dedicar un recuerdo a la figura de don Antonio Ricardos y Carrillo de Albornoz, quien, además de ser un altoaragonés ilustre del siglo XVIII, nacido en Barbastro en 1727, cuando se encontraba en la cúspide de su vida militar tendría destacadas participaciones en diversas acciones desarrolladas en la propia tierra que le vio nacer. Su padre fue don Felipe Nicolás Ricardos, sargento mayor del Regimiento de Caballería de Malta; su madre, doña Leonor Carrillo de Albornoz, hija del conde duque

de Montemar. Este matrimonio se encontraba eventualmente entonces en nuestra ciudad del Vero, circunstancia muy normal por tratarse de una familia militar.

Don Antonio pasó su infancia y parte de la adolescencia en la ciudad de Cádiz junto a unos parientes; en temprana edad se inclinó hacia la carrera de las armas, que desde un principio sería fulgurante para él, ya que a los catorce años de edad fue capitán del regimiento de caballería mandado por su propio padre, para lo que le valió el haber acreditado su condición de noble. A los diez y nueve años se destacó en la campaña de Italia, en la que ascendería a coronel por vacante que le dejó su padre, por pasar éste a ocupar un empleo inmediato. En 1762, al frente de su regimiento, se comportó brillantemente en la guerra de Portugal, lo que le valdría para adquirir los entorchados de brigadier en plena juventud. Sería en esta época cuando Ricardos ampliase sus conocimientos sobre estrategia militar, al pasar a estudiar los nuevos reglamentos tácticos de Federico II de Prusia, con quien España mantenía entonces estrechas relaciones. A continuación, pasó con sus soldados al norte de África; allí recibió el bautismo de sangre, al caer gravemente herido en los campos de Orán. Por méritos de guerra sería ascendido a mariscal de campo. Entonces contaba con treinta y siete años de edad.

Muy cultivado por su formación castrense y política, don Antonio Ricardos viajó al puerto de Veracruz, al ser expresamente enviado por Carlos III para que sobre el propio terreno reorganizara el ejército estacionado en el virreinato de Nueva España, circunstancia que aprovecharía para informar a la Corona sobre la futura situación de aquellos territorios españoles de ultramar. Era el 1764. Ahora se está conmemorando con diversos acontecimientos el fallecimiento del monarca español en su segundo centenario. También nos animamos a recordar que, casi dos décadas más tarde, el conde de Aranda, después del tratado de París, elevaba igualmente su famosa «Memoria a S.M. Católica y fidelísima Carlos III de España, sobre la independencia de América», en 1783, por la que el ministro altoaragonés, con una visión clara sobre el incierto futuro de nuestros virreinos y capitánías generales, propugnaba la creación de otros tantos reinos, constituyendo la «grande unión», con soberanos o sus sucesores que deberían contraer matrimonio siempre con princesas españolas o de la misma estirpe, aunque tendría que ser el monarca o el príncipe que ocupara el trono espa-

ñol al que se reconociera como jefe de la familia reinante. Tanto Aranda como Ricardos, hombres cultos, pertenecientes a la Ilustración, fueron siempre buenos amigos, vinculados al Partido Aragonés, además de que los dos pertenecieran al grupo fundacional de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

A su regreso de Nueva España, el general Ricardos pasó a formar parte de la Comisión de límites de la frontera con Francia. En 1773, es promovido a teniente general, encomendándosele la inspección del Arma de Caballería; creó durante su desempeño el Colegio Militar del Arma de Caballería, en Ocaña (Toledo). Pero, junto a estas cosas, no dejaría de ser víctima de las consabidas envidias e intrigas de siempre, lo que le ocasionaría un alejamiento temporal de la Corte, para mandar el ejército de Guipúzcoa. Aunque otros acontecimientos exteriores vendrían a cambiar la suerte del veterano general. La decapitación del monarca francés Luis XVI, en enero de 1793, exacerbó los ánimos de las monarquías europeas y Francia se vería atacada por todas sus fronteras. Poco antes, a la vista del cariz que tomaba la revolución, Godoy llamó a Ricardos, cuando ya era inminente la guerra con el país vecino, que se desencadenaría el 7 de abril de 1793, confiriéndole el mando de la capitanía general de Cataluña, además de los anejos de presidente de su Real Audiencia y gobernador del Principado. Ya en Barcelona recibió la orden de penetrar en el Rosellón como general en jefe de uno de los tres ejércitos que lucharon contra la Convención a lo largo de toda la línea pirenaica.

Con motivo de aquella guerra, por Real Orden de 28 de marzo de 1793, fue creado el histórico batallón de Cazadores de montaña de la ciudad de Barbastro n.º 44, que al año siguiente tomaría el nombre de Cazadores Voluntarios de Barbastro n.º 44, unidad que acreditó su valor en aquella guerra y otras campañas, además de que siempre perdurara sobre la misma el recuerdo del general.

Ricardos, al no poder quebrar frontalmente la formidable línea defensiva francesa, en una genial operación por su flanco izquierdo vino a forzarla con dureza, para envolver las posiciones que cubrían el dispositivo derecho; con su derrumbamiento quedarían bajo su poder las comunicaciones con la retaguardia, por lo que serían ocupados San Lorenzo de Cerdá, la plaza de Arlés y Ceret. Puso sitio a Bellegarde y Fort-les-Bains, en el Tech, y a la carga tomó los campos atrincherados de Thuir y Mas Deu,

frente a Perpiñán, dominando la costa de San Telmo, en las primeras arenas de la Riviera francesa, donde cayeron en poder de los españoles Pot Vendrés y Colliure. Éste es el mismo Colliure, universal, desde 1939, por el recuerdo de la última singladura de Antonio Machado camino de la eternidad.

Pero aquella campaña del Rosellón, llevada a cabo más bien con fines políticos en solidaridad hacia la dinastía capeta, que no volvería más a ocupar el trono de San Luis, por el desgaste de las tropas que habían penetrado en el territorio galo, necesitaría de más efectivos de refresco, bien equipados y dispuestos a continuar la lucha, por lo que Ricardos se trasladó a Madrid para exigirselos a Godoy con premura. Eran los comienzos del año 1774. Pero desdichadamente las cosas se torcerían para aquellos planes. A las pocas semanas de su llegada a la Corte fallecía don Antonio; ocurría en un 13 de marzo de aquel año. Su desaparición haría que la guerra tomara desde entonces otros derroteros, pues la pérdida del jefe de operaciones supuso que la suerte comenzara a ser adversa a las tropas españolas. Francia contraatacaría introduciéndose hasta los campos del Ampurdán. La paz de Basilea daría fin al conflicto, con lo que quizá España perdió una provechosa ocasión de volver a los territorios de la Marca Hispánica. Por sus propios méritos, don Antonio recibió, a título póstumo, las máximas condecoraciones. Su viuda, doña María Dávila, fue hecha por concesión real condesa de Truillas, donde aquél venció. El año anterior y en el posterior a su muerte, Goya lo inmortalizaría con los dos retratos de los que ya hemos hablado.

Actualmente, con motivo de esta exposición de Cusachs que, bajo el patrocinio de S.M. el Rey don Juan Carlos, se ha presentado en Madrid en el otoño de 1988, creemos que la figura de don Antonio Ricardos ha revivido aún más sobre cuantos hemos sentido cierto interés por el estudio de su vida ejemplar y fecunda, al haber tenido el placer de recorrer la exposición, viéndole dedicado al servicio de las armas con su patriotismo y valor, de gesto sereno y ponderado, con una entrega apasionada pero medida en defensa de las grandes empresas nacionales, además de lo que simboliza para nosotros su raigambre aragonesa, por el nacimiento y hechos vividos en la tierra donde vio la luz.

José Cusachs y Cusachs, casi un siglo después, volvía a repetir su imagen. Creemos que el personaje que trataba debía de serle muy familiar y

que conocía su temperamento y rasgos personales, además de que el pintor había nacido en el Mediodía de Francia y había sido criado en Cataluña, por donde permaneció Ricardos. Asimismo, como oficial de Artillería de carrera participó en diversas acciones bélicas sobre idénticos terrenos en los que anteriormente las tropas españolas combatirían contra la Convención, con sus movimientos elásticos y repliegues, para servir después de patrón o modelo. No se puede olvidar tampoco que Ricardos fue uno de los grandes artífices de la guerra de montaña, en la que la logística y el uso de los medios convencionales de lucha se han venido conservando en los rituales castrenses, salvo no grandes variaciones, y que serían tenidos en consideración en aquellas campañas del Norte y aun en otras que se desarrollaron en nuestro siglo, desdichadamente para los españoles.

Hemos comentado inicialmente que en la trayectoria artística de determinadas figuras existen obras, aisladas pero relevantes, que por sí solas consagran o marcan al autor, e incluso caracterizan al grupo en que se encasillan, cualquiera que sea la época o corriente por la que discurren, ya sea en la pintura, como ocurre en la escultura, la arquitectura civil o religiosa, la música, la poesía, la novela y el teatro, el cine y, en general, en cualquier tipo de expresión desde la antigüedad hasta nuestros días. El retrato constituye un género en el que el pintor que nos interesa alcanzó una personalidad propia y extensa, más allá de sus confines, como a su vez lo sería la temática del caballo o sus recreaciones de la vida militar, como una vertiente curiosa de la pintura de historia y de costumbres.

Con retratos como éste de don Antonio Ricardos Cusachs hallaría un equilibrio estable que le ayudaría para mantenerse en la cresta dominante de su propio terreno, desde la que cultivó con imaginación y soltura cualquier faceta que llevase entre manos, combinando la naturalidad con la realidad luminosa y vital, con lo que se consagraría en su tiempo, para ser una figura primerísima en todo el país, sin quedarse inmerso en localismos limitados o en regionalismos estancos, a lo sumo.

El habernos recreado ante su obra ha sido un alivio ante la faramalla que en tantas ocasiones nos sale al paso, además de que hemos sido llevados de la mano por las páginas de la historia, fielmente narrada por un testigo de excepción. Éste murió cuando contaba con cincuenta y siete años de edad. Seguramente su especialidad fuera controvertida al principio, pero es cierto que con ella llegó a triunfar en su patria. Un siglo más tarde continúa vi-

gente, como hemos visto, al haber despertado el interés de muchos jóvenes y mayores que hemos agotado varias horas ante sus lienzos, llenos de vida y permanente encuentro con lo que representan.

BIBLIOGRAFÍA

- José Cusachs (1851-1908)*, Centro Cultural Conde Duque, Madrid, 15 de octubre de 1988.
- MORA PONS, Pedro, *Maestros del arte de los siglos XIX y XX, José Cusachs y Cusachs*, Printer Industria Gráfica, Barcelona, 1988.
- GUDIOL, José, *Goya (1746-1828), biografía, estudio analítico de sus pinturas*, t. I y II, Ediciones Polígrafa, S.A., Barcelona, 1984.
- Sección de Historiales de Cuerpo: El batallón de Cazadores de Barbastro*, Servicio Militar Histórico, Madrid.
- Hoja de Servicios del teniente general don Antonio Ricardos y Carrillo de Albornoz*, Archivo Histórico Militar, Segovia.
- PERICOT, Luis y otros, *Historia de España. Gran Historia de los pueblos hispanos. La Casa de Borbón (siglos XVIII a XX)*, t. V, Instituto Gallach, Barcelona.
- DECAUX, Alain, *Godoy, le roi sans couronne*, «Histoire», 307 (Paris, junio 1972).
- LÓPEZ CEREZO, Francisco, *El general Ricardos y la campaña del Rosellón*, 1853.
- FERRER BENIMELI, José Antonio, *EL conde de Aranda y el frente aragonés en la guerra con la Convención*, Zaragoza, 1965.
- BASO ANDREU, Antonio, *Los altoaragoneses en la guerra de la Independencia. El batallón de Cazadores de Barbastro*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1967.
- BASO ANDREU, Antonio, *Memoria del conde de Aranda a Carlos III sobre la independencia de América*, «Argensola», 31 (Huesca, 1957), pp. 233-245.
- BASO ANDREU, Antonio, *Los Cazadores de Barbastro*, «Nueva España» (Huesca, 8-XII-1972).